

huye de todo empeño innecesario de realismo; además, se le alienta a pintar según su fantasía, sin preocuparse



por si lo pintado se ajusta o no a una realidad existente. Por fin, se le permite equivocarse: si las líneas están torcidas, si las formas son inexactas, si las proporciones resultan falsas, no



importa, *al principio*; no se les obliga a rehacer el dibujo, sino a hacer otros, a seguir adelante, en la confianza de que cada nuevo ensayo enseñará a ver mejor, a trazar con mayor firmeza, a expresarse con mayor claridad.

¿Representa el «sistema Best» una limitación, como pretenden sus opo-



sitores? De ningún modo. Yo lo concibo como una iniciación. Esta iniciación da al estudiante la seguridad de que su esfuerzo se modela en el carácter de su propio país; no le prohíbe emplear, más adelante, motivos y métodos inventados o adoptados en otros países; pero le da el secreto de su tra-

dición propia: dentro de ella podrá siempre expresarse el artista; dentro de ella podrá alcanzar expresión hu-



mana, todo lo amplia y profunda que la conciba, pero siempre con acento suyo, de su tierra natal.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.



Trabajos ejecutados por los niños de las escuelas, conforme el Método de Best Maugard

La improvisación

I

ESTAMOS en un restaurant de Londres—el Savoy—y hay doce a la mesa. El anfitrión es un hombre con un algo de Dumas padre y otro poco de Maurice Donnay: cabeza enorme; a la izquierda un ala de cabello negro; a la derecha un ala de cabello blanco; monóculo y bigotillo negro, cortado; labios voluminosos, que se han comido a la nariz.

En torno a este hombre, donde quiera que va, se produce siempre una tempestad artística. Es Diaguilev. Y puede asegurarse que la empresa de danza que dirige, con ser ya tanto de por sí, es mero pretexto para atraer todas las vivientes voluntades estéticas, que andan dispersas por el mundo.

Siempre tiene doce a la mesa y, mientras come, seguramente, sin molestar un punto a sus huéspedes, sin que estos se percaten siquiera de que ha hablado de otra cosa que de música o de pintura, arregla tratos con el

agente italiano, Berrocchi, llegado en el último avión de Roma; y, volviendo apenas la silla, despacha con el encargado de trasladar las decoraciones—Kamichof, un tímido gigante.

Después se levanta, sale tranquilamente como si no estuviera haciendo nada. Y no lo volvemos a ver hasta el ensayo general, en un escenario revuelto, junto a la divina Karsávina, que protege sus zapatillas de reina con unos calcetines de lana.

Durante el ensayo sin respeto para la música de Stravinski, dos obreros clavan ceniceros en el respaldo de las butacas. En un rincón, sin hacer caso de nadie, Bakst, el pintor de Jerezarda, construye, a golpes de tijera y pincel, unos juguetes mágicos, de cartón, que han de revolucionar el arte decorativo, lo mismo entre los clásicos de la Rue de la Paix, que en el Fanbourg St. Honoré, donde acampan los avanzados.

Y así, todo se sucede entre estorbos, entre paréntesis al lado de las actividades accesorias, mientras se recibe a

las visitas, en el comedor y hasta en el baño.

Y con todo, la maravilla se realiza, y el ballet nace—puro—como una flecha de su arco.

II

Amigo José Vasconcelos: educar es preparar improvisadores. Toda educación tiende a incorporar en hábito subconsciente las lentas adquisiciones de una disciplina hereditaria. Se vive improvisadamente.

No quiere esto decir que debemos emprender las cosas sin conocerlas. Todo lo contrario. El oficial de Estado mayor tiene que levantar diseños y planos topográficos sobre la cabeza de la silla, al trote del caballo. Para eso, es fuerza que se haya avezado, largos años, entre los estuches mecánicos, al trazado y al cálculo. De aquí un gran respeto a las técnicas, un consejo de practicarlas incesantemente en todos los reposos de la acción—de la improvisación. Y de aquí también, un gran respeto a la memoria, la facultad retentiva que transforma en reacción instantánea las conquistas de varios